

EL INTERMINABLE AULLIDO DEL MUNDO

[2004]

Actualmente, Santiago es un escenario donde todos los días se ejecuta una mezcla de drama y de carnaval, de un modo sordo, inopinado, muchas veces imperceptible. El ciudadano promedio sigue experimentando entre nosotros la vida como una lucha en la cual es legítimo disputar hasta el último centímetro de beneficios. No por otro motivo Santiago debe ser una de las pocas ciudades del mundo donde las leyes se venden en las calles con voceo. Hay en el centro kioscos de diarios en los que proliferan publicaciones como *El abogado en casa*, quitándoles el espacio a las revistas. Muchas personas comunes son expertas en los laberintos algebraicos de los planes de las isapres. Nadie les ha enseñado, son autodidactas: los cálculos de porcentajes les han quemado las pestañas en la soledad de sus casas, noche tras noche, bajo la luz fluorescente de la cocina.

El estudioso de la ley de isapres es, en todos los sentidos, un personaje del que hay que mantenerse a distancia. Tiene el reclamo largo y siempre listo. Generalmente anda con una carpeta llena de planillas y la entrega al interlocutor con emoción en los ojos, como si ahí estuviera compendiada su historia personal. Ha gastado más tiempo esperando en las antecámaras que el que le ha dedicado a la vida misma.

No estoy con esto tratando de promover una actitud aristocratizante, de prescindencia ante las realidades prácticas. Finalmente es cuestión de cada cual. Mi padre tuvo una actitud semejante en su juventud: se reía con cierto desdén de los tipos que se preocupaban por anticipado de asegurarse un lugar en el sistema de pensiones. Mucho más tarde, esta previsión le hizo falta. Se enfrentó a la escasez: de recursos, de energía, de voluntad, de suerte. Le falló el cuerpo, y con ello el alma fue perdiendo gradualmente su sustento. Cuando murió, recordé la perplejidad de Borges tras la muerte de su propio padre: el mundo no se detenía, por todos lados se multiplicaban los ruidos, el fragor, la congestión, las transmisiones radiales, los chistes, las pachotadas, los viajes. Esta sola sensación les da sentido a los minutos de silencio que a veces se solicitan en

honor de los muertos de cierta notoriedad. A fines del siglo XIX, Nietzsche refutaba a Darwin porque en su teoría de la evolución la vida quedaba definida por la escasez, en circunstancias de que a su entender la definía más bien la exuberancia. Ambas proposiciones parecieran haber sobrevivido sin exclusiones mutuas hasta hoy.

Santiago en estos momentos parece una ciudad desbordada en su estructura. El progreso ha hecho de ella un recinto hartamente hostil, sobrepoblado, incomprensible, del cual se hace difícil escapar. Las emigraciones unánimes de los fines de semana largos sólo comprueban la demencia en la que sobrevivimos: todos se van en masa los viernes en la noche por carreteras colapsadas y regresan de la misma forma tres días después. Las farmacias están siempre repletas, la televisión es un grito de ansiedad de principio a fin, en los supermercados hay un exceso de estímulos, gente disfrazada que se acerca con folletos o con bandejas con trozos de salchicha frita. En las cajas a uno le piden el vuelto para la beneficencia a la vez que le suman puntos como garantía para futuras compras. Los rebancos llegan a caldearse de tanto boquiabierto que les aprieta las teclas. A la salida, los acomodadores de autos aparecen de las sombras con su coreografía hierática, que consiste en dos movimientos realizados con una sola mano: aquél con que comunican que uno debe avanzar y aquél con que exigen la propina a través de la ventanilla.

Un amigo mío tuvo una vez en Madrid una experiencia aterradora. Bajo la influencia de un psicofármaco se perdió por las calles hasta que se sentó a descansar en una zona de bloques de edificios gigantescos. Por su estado alterado tuvo una percepción atroz de lo que estaba contemplando: imaginó los miles de vidas, los miles de destinos cuyas zetas zumbaban en esos interiores; creyó ver a cada uno de los habitantes del lugar, unos comiendo sus patas de choncho, otros acicalándose frente al espejo del baño, otros deprimidos en sus camas, otros regañados por sus madres. Al final terminó llorando de angustia.

Y nosotros seguimos aquí experimentando el exceso en todas sus facetas. Los carteles de las promociones pegados en las vitrinas o deslizados bajo la puerta nos obligan al movimiento, aunque sea un movimiento mental de rechazo. Los cuerpos desnudos de las minas del momento –reproducidas sin límites por la televisión y los dia-

rios– nos obligan a un movimiento libidinal, aunque sea para ponerles límites a nuestras fantasías. Los candidatos a cualquier cosa taponan nuestro universo visible con gigantografías de sus carotas sonrientes y con sus eslóganes para niños de doce años. De todas partes nos están llamando siempre.

Esta erosión es, al parecer, parte del costo de vivir en relativa paz y la manera en que la civilización resguarda su estabilidad. Hace poco leí, ya no recuerdo dónde, el testimonio de alguien que debió transportar al filósofo Marcuse a una conferencia. Quedaron atrapados en un taco y el conductor se puso a reclamar instintivamente. Marcuse le preguntó si le gustaba comer tostadas al desayuno. El chofer contestó que por supuesto. Marcuse lo miró y le dijo: “Entonces no alegue”.

EL NINGUNEO DE LA MEMORIA

[1997]

“La ciudad tiene el aspecto de Londres durante los bombardeos de la pasada guerra, excepto que Santiago se está reconstruyendo dos veces más rápido”. La observación es de enero de 1954 y aparece en un reportaje de la revista extranjera *Visión*. Evidentemente, no hubo aquí por entonces bombardeos de ninguna especie. Simplemente se trata de uno de los radicales cambios de piel y de pelo que la capital vive permanentemente. Hoy es lo mismo. Palacetes fantasiosos, decorosas mansiones y casonas empobrecidas son convertidas en un santiamén en camionadas de escombros. Especuladores inmobiliarios y empresarios de la demolición hacen su agosto. Estos últimos buscan el pino oregón en vigas y estructuras: es “el oro del demoledor”.

Da la impresión de que a nadie le importa mucho. Curiosamente, las mayorías silenciosas o bullangeras no tienen ninguna relación real con el pasado. Viven con la realidad inmediata pegada a la cara con esmog, y sus emociones más intensas provienen de la irrealidad misma: la televisión y sus dictados publicitarios, la obligación del show del día a día. Los que toman las decisiones públicas tampoco se muestran muy aprensivos al respecto, cuando no se trata directamente de “alcaldes grado 10 en la escala de Richter”, al decir de Enrique Lafourcade.

En la capital podrían convivir ciudades de todas las épocas. En Londres hay calles importantes que se han trazado esquivando sinuosamente los edificios históricos. Pero está escrito que aquí no puede ser así. El supuesto de que para construir hay que demoler ha sido, hasta hoy, inapelable.

Si a uno le dicen que Santiago fue alguna vez una ciudad elegante y –en algunos reductos– suntuosa, no queda más que imaginárselo. El embajador británico Rumbold consideraba que una primera visita a esta ciudad era “una agradable sorpresa para un europeo inteligente”. En 1877 escribía: “Uno no espera encontrar a diez leguas en el interior, al pie de los Andes, una ciudad de 160 mil almas con edificios públicos tan magníficos, mansiones particulares tan imponentes y paseos tan extraordinariamente bellos”. El arquitecto

suizo Fatio, por su parte, no concebía cómo no se adoptó aquí el tipo de casa señorial de mediados del siglo XIX: austera, amplia, entre sevillana e italiana.

Pero así son las cosas. El empobrecimiento y el afeamiento son cosa viva. Donde hubo un palacete se instaura un sitio eriazo –por años–, con enrejado, casucha y perro guardián. Luego brota, en el mejor de los casos, un esperpento arquitectónico con estucados siúuticos y vidrios polarizados. Otra posibilidad es la transformación de las fachadas. El Palacio Rivas –Alameda y San Martín– es un ejemplo que da entre risa y miedo.

La lista de edificaciones meritorias echadas abajo sin aviso ni argumento es interminable. Donde estuvo el Palacio Undurraga –Alameda y Estado– hoy día vegeta un edificio “moderno” de triste envejecimiento. El Palacio Urmeneta, en la calle Monjitas, hecho a la medida de la anglofilia de don José Tomás –su dueño–, lo conocemos sólo por fotografías. La fastuosa Quinta Meiggs, cerca de República, no fue tampoco respetada, como tampoco lo fueron el hermoso Palacio Arrieta, frente al Municipal, ni los fantasiosos palacios Real de Azúa y Concha Cazotte. El palacio de los García-Huidobro (esquina norponiente de Alameda y San Martín), donde nació Huidobro y donde vivía un familión de sesenta personas, no encontró interesados en su conservación. En su lugar funcionó, durante décadas, una playa de estacionamiento.

UNA CIUDAD ABIERTA A LOS CUATRO VIENTOS

[1997]

En una crónica de 1982, ese veterano del periodismo que conocimos con el pseudónimo de Panurgo se sobrecogía estoicamente ante la remoción de los adobones de los pobreríos de cepa. “¿Ponerme a llorar, yo, a estas alturas? ¡Vade retro, pesadumbre!”, exclamaba. “Mi entereza me ha hecho pisar serenamente sobre muchas transmudaciones. Yo vi de este Santiago inquieto convertirse los adoquines en palimpsestos bajo espeso alquitrán, para enseguida ver aparecer sobre ellos a los abominables y soldadizos adocretos. Al mismo tiempo, sobre el tugurio, vi erguirse el atropello antiecológico de babilónicas construcciones. ¿Qué más me quedará por ver?”.

La ciudad se transforma con indiferencia, sin grandes traumatismos, aunque es difícil definir en qué se está convirtiendo. En los viejos barrios empobrecidos, las iniciativas de inversión se hacen con el bolsillo perro. Según el mandato del mercado, no podría ser de otro modo. Las emociones colectivas predominantes están a kilómetros de ahí, en El Golf (por segunda vez), hacia la precordillera y –recientemente– en los suburbios del norte. Los fatalistas piensan que los sectores antiguos de la capital serán en un tiempo no lejano caseríos uniformes; que la vieja tristeza atmosférica de estas zonas –que ya tenía su pátina– será simplemente reemplazada por una de nuevo tipo de visualidad, como de población venida levemente a más.

Hasta hace no mucho tiempo, en la esquina de Brasil y San Pablo hubo un monolito de cal y de ladrillos que marcaba el límite poniente de la antigua ciudad. El monolito lo instaló el Cabildo, en 1795, cuando se concluyeron las obras del Camino de Valparaíso, ordenadas por Ambrosio O’Higgins. Era costumbre antigua la de señalar ciertas distancias en los extramuros por medio de estas pequeñas edificaciones. Hubo monolitos en Vicuña Mackenna y Avenida Matta, como también a lo largo del Mapocho, donde todavía quedan algunos, casi indistinguibles en medio del trajinado paisaje urbano de hoy.

El monolito de Brasil y San Pablo lo conocemos a través de nebulosas fotografías del tiempo ido. Hay por ahí una de 1890, en la

que se divisa –pegado en los ladrillos, sin ninguna consideración por la memoria del barón de Vallenar– el afiche de un cierto Gran Circo Ecuestre Oriental, a cargo de “nueve eximios profesores”. Otra, de 1931, da cuenta de la construcción de las líneas férreas para el tranvía, que también son ahora cosa del pasado. Aquí se delata la catadura populachera de la zona. Los furtivos personajes que aparecen van sin corbata, tocados con revenidos sombreros tipo calañés, y pareciera que se aprestan a ingresar a los expendios cercanos para “enjuagarse el hocico” con un vaso de Bilz o con un potrillo de chicha cocida.

Se sabe que los caminos coloniales fueron, en su mayoría, intran-sitables: auténticos quebraderos para las cabezas de los comercian-tes y para los ejes de su carretas. El trayecto desde Valparaíso era largo y, por cierto, penoso. El viajero debía suscribir un larguísimo desvío hacia el sur y entrar a la capital Melipilla mediante. La idea de O’Higgins de abrir una vía directa tuvo oposiciones de suyo irra-cionales, como todos los proyectos de bien público anunciados en esa era consagrada a la majestad del trámite. Al Camino de Valpa-raíso se lo llamó “la nueva torre de Babel”, en alusión quizás –pien-sa Vicuña Mackenna– a que O’Higgins conversaba con algunos de sus colaboradores en inglés. Ya a principios de este siglo se podía salir de Santiago a través de doce caminos públicos. La capital es-taba –según una guía de la época– “abierta a los cuatro vientos”. Después estos caminos fueron absorbidos por los arrabales de viejo cuño. Es el caso de las actuales calles Exposición, Vivaceta, Inde-pendencia, San Diego y Portugal, entre otras.

La esquina de Brasil y San Pablo se ve en 1997 casi idéntica a la de la fotografía de 1931, salvo la desaparición del referido monolito y de unos caserones de pesadas techumbres, en cuyo lugar dormita hoy una bomba de bencina. Quedan, por testimonio, los rieles de los extintos tranvías y al fondo las cúpulas de la iglesia de los ca-puchinos de la calle Santo Domingo, a metros de la cual Joaquín Edwards Bello vivió sus últimos años.

Como paráfrasis del demagógico enunciado “Madrid me mata”, unos jóvenes bonaerenses de la pasada década acuñaron un injustificado “Buenos Aires me aburre” para titular una revista de su responsabilidad. De Santiago, en este sentido, se podría decir que

más bien satura y que todo santiaguino alberga el sueño de salir periódicamente de sus límites. Esto vale también para el cronista ciudadano. El mismo Edwards Bello lo señaló en alguna parte: lo apremiaba de vez en cuando la necesidad de huir, huir de la chimuchina céntrica, de la calle Cueto, de los humanizados perros callejeros, de los temas del día y de la “escupidera nacional” distribuida en las veredas desde temprano.

El poema más famoso de Kavafis advierte que es imposible salir de la ciudad: que donde uno vaya recorrerá siempre las mismas calles. Así como la psicología literaria ha definido una “casa-fantasma” en el alma de todo ser humano, se podría pensar que también habría una ciudad-fantasma, generalmente aquella en la que se ha nacido o en la que se ha decidido nacer. Santiago es, doblemente, una ciudad afantasmada, a causa de una endémica inclinación a la inestabilidad. El que quiera aproximarse a su pasado –y por tanto a muchas de sus conductas presentes– debe agotar los ojos en los archivos e invocar el ectoplasma de las fotografías.

Para los escritores argentinos pareciera tan fácil nombrar las calles, los barrios y los hitos de su ciudad. Si mencionan Rivadavia al 2000, no deben incurrir en un acto casi iniciático, de bautismo, como pasa entre nosotros. Esto se debe al apego espiritual a un conjunto de señas de identidad, a una observación generalizada de las formas. Por algo Darwin opinó que el gaucho parecía siempre un gentleman, y el huaso –si bien preferible en ciertos aspectos– una persona trabajadora pero vulgar. Si uno va a tomar el sol al Jardín Botánico, en Palermo, y se ríe de las familias de gatos obesos que habitan el lugar con todo desplante, se asombrará de que Roberto Arlt se haya reído de lo mismo hace cincuenta años.

Pero ya es hora de finalizar esta digresión nacida al pie del desaparecido monolito de Vallenar. Los copistas de la Edad Media –sabiamente– anotaban en los textos transcritos los momentos en que lo vencía el cansancio. Lo mismo quiere hacer el redactor de estas páginas. Detener por un momento el flujo de las ideas y partir, quizás por San Pablo hacia el poniente, en busca de las cuevas silenciosas, de los paisajes abiertos y de las luces dispersas de los campos.